

J.R.R. TOLKIEN

Editado por VERLYN FLIEGER

LA HISTORIA DE KULLERVO



minotauro

LA HISTORIA DE KULLERVO

J.R.R. TOLKIEN

Editado por Verlyn Flieger



minotauro

La historia de Kullervo

J.R.R. Tolkien

Título original: *The Story of Kullervo*

Todos los textos y materiales de J. R. R. Tolkien © The Tolkien Trust 2010, 2015

Introducción, notas y comentario © Verlyn Flieger 2010, 2015

© Traducción de Martin Simonson, 2016

Publicado originalmente en Reino Unido por HarperCollins *Publishers* en 2015

✠ y Tolkien® son marcas registradas de The Tolkien Estate Limited

Las ilustraciones y páginas mecanografiadas y manuscritas son reproducidas por cortesía de la Bodleian Library de la Universidad de Oxford, seleccionadas de sus documentos titulados MS Tolkien Drawings 87, folios 18 y 19, MS Tolkien B 6476, folios 1,2,6 y 21, y MS Tolkien B 61, folio 126

De la presente edición © Editorial Planeta, S. A., 2016, 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 7a planta. 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.sociedadtolkien.org

ISBN: 978-84-450-1351-9

Depósito legal: B. 14.485-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

ÍNDICE

LISTA DE LÁMINAS	6
PREFACIO	7
INTRODUCCIÓN	11
<i>La historia de Kullervo</i>	29
Lista de nombres	71
Borradores de los resúmenes argumentales.	75
Notas y comentarios	79
Introducción a los ensayos.	97
<i>Sobre el Kalevala o La Tierra de Héros</i>	101
Notas y comentarios.	127
<i>El Kalevala.</i>	137
Notas y comentarios.	167
<i>Tolkien, el Kalevala y «La historia de Kullervo»</i>	173
BIBLIOGRAFÍA	207

LA HISTORIA DE KULLERVO

La historia de Honto Taltewenlen

LA HISTORIA DE KULLERVO (Kalervonpoika)

En los días {de magia hace mucho tiempo} {cuando la magia todavía era nueva}, un cisne cuidaba de sus polluelos junto a los bancos de un río tranquilo en las marismas pobladas de juncos de Sutse. Un día, mientras surcaba los estanques bordeados de juncias, seguido de su rastro de polluelos, un águila descendió en picado desde el cielo y, alzando de nuevo el vuelo, se llevó a uno de sus hijos a Telea. Al día siguiente, un poderoso halcón le robó otro más y se lo llevó a Kemenūme. El polluelo que fue llevado a Kemenūme creció y se convirtió en un comerciante y no entra en esta triste historia; sin embargo, aquel al que el halcón llevó a Telea es a quien los hombres llaman Kalervō; del tercer polluelo, que se quedó atrás, los hombres hablan a menudo y lo llaman Untamō el Malvado, que se convirtió en un hechicero fiero y en un hombre de poder.

Kalervo moraba junto a los ríos de peces, donde se entretenía y disponía de abundante comida, y de él su esposa había alumbrado en épocas pasadas a un hijo y una hija, y ahora estaba cerca de volver a parir. Y en aquellos tiempos,

las tierras de Kalervo hacían frontera con los confines del sombrío reino de su poderoso hermano Untamo, quien codiciaba sus agradables riberas y su abundancia de peces.

Untamo llegó y echó redes en las aguas donde Kalervo pescaba y privó a Kalervo de su pesca y le causó gran aflicción. Primero surgió la amargura entre los hermanos, y al final hubo una guerra abierta. Tras una lucha en las riberas, en la que ninguno consiguió vencer al otro, Untamo regresó a su adusta granja y cultivó pensamientos malvados, tejendo (con sus dedos) un hechizo de ira y venganza.

Hizo que su poderoso ganado irrumpiese en los pastos de Kalervo, ahuyentando las ovejas y devorando su forraje. Entonces Kalervo soltó a su gran perro negro, Musti, para devorarlo. Untamo, entonces, preso de la ira, reunió a sus hombres y les dio armas; armó a sus secuaces y jóvenes esclavos con hachas y espadas y marchó a la batalla, para luchar perversamente contra su propio hermano.

Y la esposa de Kalervoinen, sentada junto a la ventana de la granja, divisó el movimiento de las tropas, que levantaban una humareda en la distancia, y habló a Kalervo, diciendo: «Mira, esposo, una nube insalubre se levanta allá a lo lejos; ven a mi lado. ¿Es humo lo que veo, o solo una espesa [?] nube tenebrosa que pasará en breve, pero que ahora flota en la linde del campo de maíz allá, junto al camino recién construido?».

Entonces dijo Kalervo, con ánimo abatido: «Allá, esposa, no hay humo de otoño ni sombras pasajeras, mas me temo que esta nube no correrá a ningún sitio hasta que haya dañado mi casa y a mi gente con una tormenta malvada». Enton-

ces apareció delante de ambos la hueste de Untamo y pudieron ver sus números y sus fuerzas y sus vistosas vestimentas escarlatas. Brillaba el acero y de sus cinturones colgaban las espadas y en sus manos destellaban las potentes hachas y bajo sus sombreros se veían las muecas de sus hostiles caras: porque Untamoinen siempre atraía a gañanes crueles y vulgares.

Y los hombres de Kalervo andaban por los campos de labranza, así que él, asiendo hacha y escudo, se abalanzó en solitario sobre sus adversarios, pero no tardó en caer ante el empuje del gran número de enemigos, en su propio patio, cerca del establo y bajo el sol de otoño en su propia y hermosa cosecha. El malvado Untamoinen estrujó el cuerpo de su hermano ante la mirada de su esposa y trató cruelmente a su pueblo y sus tierras. Sus salvajes hombres mataron a todos los que encontraron, fueran hombres o animales, perdonando únicamente la vida de la esposa y sus dos hijos, pero les perdonó solo para someterles a la esclavitud en las tenebrosas salas de Untola.

Entonces la amargura penetró en el corazón de la madre, porque había amado mucho a Kalervo, quien a su vez sentía gran amor por ella, y moraba en las salas de Untamo sin pensar en nada que tuviera que ver con el mundo iluminado por el sol; y a su debido tiempo dio a luz, en medio de su pena, a los niños de Kalervo: un niño varón y una niña doncella, en un solo parto. De gran fuerza era el uno y de gran belleza la otra, incluso nada más nacer, y ambos se querían desde sus primeras horas; pero el corazón de la madre estaba muerto por dentro y ni siquiera se fijó en la belleza y el tamaño de sus

hijos, ni aliviaron su dolor, ni provocaron más que recuerdos de los viejos tiempos en la granja junto al río tranquilo y las aguas de pesca entre los juncos, y del padre de los niños, su Kalervo, ya muerto, y llamó al niño Kullervo, que significa «ira», y a su hija Wanōna, «llanto». Y Untamo no mató a los niños porque pensó que crecerían hasta convertirse en robustos sirvientes y les haría obedecer sus órdenes y cuidar de su cuerpo, pero sin pagarles los salarios que daba a los otros gañanes toscos. Pero a falta de los cuidados de su madre, los niños fueron criados de manera torcida, porque los tutores en esclavitud mecen mal la cuna, y la leche de los pechos de aquellas que no les han parido es amarga.

La fuerza no reprimida de Kullervo se convirtió en una voluntad inquebrantable, y no se privaba de ningún deseo y sentía rencor ante cualquier tipo de perjuicio. Y Wanōna creció hasta convertirse en una doncella salvaje que erraba en solitario por los austeros bosques de Untola desde el momento en que pudo caminar, lo cual ocurrió a una edad muy temprana, porque estos niños eran asombrosos, separados de los hombres de magia por tan solo una generación. Y Kullervo se parecía a ella: siempre fue un niño de trato difícil hasta que llegó el día en que, preso de la ira, reventó los ropajes que le envolvían y con sus patadas hizo pedazos la cuna de madera de tilo; los hombres decían que medraría hasta convertirse en un hombre de poder y Untamo se alegró, pensando que un día, él tendría en Kullervo a un guerrero de gran fuerza y un secuaz muy robusto.

Y eso no parecía improbable, porque al tercer mes, Kullervo, que solo llegaba a la altura de las rodillas de los hom-

bres, se levantó y habló de la siguiente manera a su madre, que todavía estaba llorando sus penas, ya que su angustia aún era fresca: «Oh, madre mía, madre querida, ¿por qué lloras tanto?». Y su madre le habló, relatándole la ignominiosa historia de la muerte de Kalervo en su propia granja, contándole cómo todo lo que había conseguido fue saqueado, cómo fue asesinado por su hermano Untamo y los subordinados de este, y cómo Untamo acabó con todo implacablemente, salvo con el gran perro Musti, que regresó de los campos y vio a su amo yacer muerto, y a su ama y a los hijos esclavizados, y siguió sus pasos hacia el exilio de los bosques azules que rodeaban las salas de Untamo, donde ahora moraba, llevando una vida silvestre para evitar a los secuaces de Untamo. Cada cierto tiempo mataba una oveja y de noche a menudo se oían sus ladridos, y los secuaces de Untamo decían que era el can de Tuoni, el Señor de la Muerte, aunque no era el caso.

Todo esto le contó y le dio un cuchillo de gran tamaño y de diseño curioso que Kalervo siempre había llevado atado al cinturón cuando salía de viaje; una hoja de maravillosa agudeza, forjada en el distante pasado de su padre, envuelto en brumas, que ella había arrancado de la pared con la esperanza de poder ayudar a su amado.

Entonces volvió a su duelo y Kullervo gritó en alto: «Por el cuchillo de mi padre, cuando yo sea más grande y mi cuerpo, más fuerte, me vengaré de su asesino y expiaré las lágrimas de mi madre, que me llevó en su vientre». Y jamás volvió a repetir estas palabras, pero aquella única vez Untamo las oyó por casualidad. Y tembló de ira y de miedo, y

dijo que Kullervo llevaría su raza a la ruina porque Kalervo había vuelto a nacer en él.

A partir de entonces comenzó a urdir todo tipo de trampas para el chico (porque el niño ya parecía así de mayor, tan rápido y fabuloso era el crecimiento de su cuerpo y de su fuerza) y solo su hermana melliza, la bella doncella Wanōna (porque así de mayor parecía, tan fuerte y asombroso era el crecimiento de su cuerpo y de su belleza), sentía compasión por él y fue su compañera en las caminatas por el bosque azul, porque sus hermanos mayores (que ya fueron mencionados en este relato), a pesar de haber nacido en libertad y haber podido contemplar el rostro de su padre, se comportaban más como esclavos que estos huérfanos nacidos en esclavitud. Se dejaban subyugar por Untamo y cumplían toda su malvada voluntad y no hacían nada por consolar a su madre que les había alimentado en los días de bonanza junto al río.

Y así, caminando por el bosque un año y un mes después del asesinato de su padre Kalervo, estos dos niños se toparon con Musti el Perro. De Musti, Kullervo aprendió muchas cosas acerca de su padre y de Untamo, y de asuntos más oscuros y turbios y más lejanos en el tiempo que quizá incluso los días de magia y antes de que los hombres echaran redes para pescar en Tuoni, la tierra de marismas.

Musti era el más sabio de los perros —los hombres nunca han sabido nada sobre dónde o cuándo nació, pero siempre hablan de él como un perro de fiero poder y fuerza, y de gran sabiduría— y estaba emparentado con las cosas salvajes y gozaba de su amistad, y conocía el secreto de los cambios de piel y podía aparecer bajo la forma de un lobo o un oso o

un rumiante de tamaño grande o pequeño, y sabía también mucho de otros tipos de magia. Y en la noche de la que ahora se va a hablar, el perro les avisó de la malvada mente de Untamo, que no deseaba otra cosa tanto como la muerte de Kullervo {y dio a Kullervo tres pelos de su pelaje, y dijo: «Kullervo Kalervanpoika, si en algún momento Untamo te acecha, coge uno de estos y grita: “Musti, ¡oh! Musti, que tu magia me ayude ahora”, y llegará una ayuda maravillosa en medio de tu aflicción»}.

Y al día siguiente, Untamo mandó prender a Kullervo, a quien metieron por la fuerza en un tonel y lo echaron a las aguas de un torrente violento —al niño le pareció que eran las aguas de Tuoni, el Río de la Muerte; pero cuando miraron el río al cabo de tres días, Kullervo se había liberado del tonel y estaba sentado sobre las olas, pescando con una caña de cobre y un sedal de seda, y desde aquel día fue un gran pescador. Así era la magia de Musti.

Y otra vez Untamo trató de hallar la manera de destruir a Kullervo y envió a sus sirvientes hasta los bosques, donde talaron grandes abedules y pinos enormes, pinos con sus miles de pinochas, de los que borboteaba la resina. Y también llenaron trineos enteros de corteza, y juntaron poderosos fresnos de [cien] brazadas de altura, pues los árboles de los bosques de la tenebrosa Untola eran altos como pocos. Y todo esto amontonaron para incinerar a Kullervo.

Avivaron las llamas bajo la madera, y la gran hoguera de fajos crepitó y el olor de los leños y el humo acre les ahogaron de manera asombrosa, y después todo fue envuelto en potentes llamas rojas que abrasaban y entonces arrojaron a

Kullervo en el medio, y el fuego duró dos días y un tercero; entonces cuando las cenizas llegaban hasta las rodillas del niño, y las brasas hasta la altura de los codos, Kullervo recogió los fragmentos más calientes a su alrededor con un rastrollo de plata, y él estaba libre de quemaduras.

Untamo, preso de una ira ciega, viendo que toda su magia no le había servido de nada, lo colgó ignominiosamente de un árbol. Y allí, el hijo de su hermano Kalervo estuvo bamboleando de una rama alta de un enorme roble durante dos noches y una tercera noche también, y después, en la madrugada, Untamo mandó comprobar si Kullervo estaba muerto en la horca o no. Y su sirviente regresó, asustado, y estas fueron sus palabras: «Señor, Kullervo todavía no ha perecido en absoluto, ni está muerto en la horca, pero en su mano sujeta un gran cuchillo y con él ha inscrito cosas asombrosas en el árbol, toda la corteza está cubierta de inscripciones y entre ellas figuran sobre todo un gran pez (ese era el símbolo antiguo de Kalervo) y lobos y osos y un perro enorme como los que se ven en la gran manada de Tuoni».

Esa magia que le había salvado la vida a Kullervo fue el último pelo de Musti, y el cuchillo era el gran cuchillo llamado Sikki, el cuchillo de su padre que su madre le había dado, y a partir de entonces Kullervo valoraba el cuchillo Sikki por encima de toda la plata y el oro.

Untamoinen tenía miedo y cedió, superado por la gran magia que protegía al niño, y lo convirtió en esclavo para que trabajase para él sin compensación y apenas nada de manutención: de hecho, muchas veces no habría comido nada de no ser por Wanōna, quien, aunque Unti no la trata-

ba apenas mejor, guardaba para su hermano mucho de lo poco que le daban. Los hermanos mayores no mostraron compasión por estos mellizos, sino que trataban de conseguir una vida más liviana para ellos mismos sirviendo a Unti, y Kullervo guardaba en su interior un gran resentimiento hacia ellos y cada día que pasaba se volvía más melancólico y violento y no hablaba en tono suave a nadie salvo a Wanōna, y a menudo también se mostraba parco en palabras con ella.

Cuando Kullervo ya era más alto y fuerte, Untamo lo mandó traer y le dijo lo siguiente: «En mi casa te he mantenido y te he dado compensaciones según he estimado que se merecía tu comportamiento: comida para tu tripa o bofetadas para tu oreja; ahora debes trabajar dura y laboriosamente, o si no, te daré tareas de sirviente. Ve y abre un claro para mí en las espesas lindes del Bosque Azul. Vete ya». Y Kuli se fue. Pero no le disgustaba el cometido, porque a pesar de solo tener dos años, ya se consideraba a sí mismo un hombre mayor, puesto que ahora tenía un hacha en la mano, y cantó mientras viajaba hasta los bosques.

Canción de Sākehonto en los bosques:

Ahora un hombre de verdad me considero
Aunque en mi vida pocos veranos he visto
Y esta primavera en los bosques
Todavía es nueva y maravillosa para mí.
Soy ya más noble que antaño
Y tengo la fuerza de cinco en mí
Y el coraje de mi padre
En la primavera en los bosques

Me hincha el pecho Sākehonto.
Oh, mi hacha, querido hermano mío,
Un hacha apropiada para un señor,
Mira cómo vamos a talar los abedules
Y cortar sus finos troncos blancos;
Porque te afilé por la mañana
Y por la tarde tallé un mango;
Y tu hoja se hundirá en los troncos
Y despertará las boscosas montañas
Y los árboles caerán con estrépito
En la primavera en los bosques
Bajo tus golpes, hermano mío de hierro.

Y así iba caminando Sākehonto al bosque, cortando todo lo que veía a diestro y siniestro, y dejó un gran rastro de árboles caídos en su estela porque su fuerza era muy grande, pero no hizo mucho caso a la destrucción. Entonces llegó a una parte densa del bosque en lo alto de una de las laderas de las tenebrosas montañas, y no sentía miedo porque tenía afinidad con las cosas salvajes y estaba rodeado de la magia de Mauri [Musti], y allí seleccionó los árboles más poderosos y los taló, cortando los más robustos con un golpe y los más débiles con medio. Y cuando tuvo siete poderosos árboles caídos a sus pies, de repente arrojó el hacha cortando hasta la mitad un gran roble que gruñó bajo el golpe, y el hacha se quedó allí, temblando.

Pero Sāki gritó: «Que Tanto, Señor del Infierno, haga esta labor y envíe a Lempo para dar forma a la madera».

Y cantó:

Que ningún retoño brote aquí nunca
Ni las verdes hojas de hierba
Mientras dure la poderosa tierra
O brille la luna dorada
Con sus débiles rayos filtrándose
Entre las ramas del bosque de Saki.
Ahora la semilla a la tierra ha caído
Y el maíz joven brota hacia arriba
Desplegando sus tiernas hojas
Hasta que los tallos se formen en él.
Que nunca salgan mazorcas
Que su cabeza amarilla nunca se incline madura
En este claro del bosque
Entre los árboles de Sākehonto.

Y al cabo de un rato llegó Ūlto, que miró a su alrededor y vio como el hijo de Kampo, su esclavo, había abierto un claro en el bosque, pero no encontró ningún claro sino más bien una destrucción violenta; había echado a perder los mejores árboles, y reflexionó sobre ello, diciendo: «Para este tipo de labores no sirve el bellaco, porque ha echado a perder la mejor madera y ahora no sé ni adónde enviarlo ni qué tarea ponerle».

Siguió pensando y envió al chico a fabricar una valla para separar algunos de sus campos de los bosques salvajes; y a continuación Honto partió para realizar esta labor, pero recogió los árboles más poderosos de los que había talado y cortó también otros, abetos y elevados pinos del azul Puhōsa, y los usó como postes para la valla, y los ató con fuerza con serbales y con zarzas, y construyó una valla entera de árboles, sin agujeros ni interrupciones; no hizo ninguna

verja ni dejó apertura ni grieta alguna sino que se dijo a sí mismo: «El que no sepa volar alto como un pájaro ni cavar como los animales salvajes nunca podrá pasar por encima ni penetrar la valla fabricada por Honto».

Pero esta valla, demasiado robusta, no gustó a Ūlto y riñó a su esclavo porque no tenía ni verja ni agujero por debajo, no tenía grietas o hendiduras, y descansaba firme sobre la ancha tierra por debajo, y se alzaba entre las nubes de Ukko por encima.

Por eso los hombres llaman a una cresta alta coronada de pinos «la valla de Sāri».

«Para esta labor —dijo Ūlto— no sirves, ni sé qué tarea puedo ponerte, pero ven conmigo, hay centeno listo para trillar.» Entonces Sāri, iracundo, acudió al centeno y lo trilló hasta convertirlo en polvo y ahechadura, y los vientos de Wenwe llevaron el polvo a los ojos de Ūlto, y este se enfadó y Sāri huyó. Y su madre tuvo miedo y Wanōna lloró, pero sus hermanos mayores les riñeron diciendo que Sāri solo sabía provocar la ira de Ūlto y ahora todos tenían que sufrir las consecuencias de esa ira, mientras Sāri se escondía en los bosques. El corazón de Sāri se volvió amargo, y Ūlto hablaba de vender al muchacho como esclavo sin salario a un país lejano, para deshacerse de él.

Entonces su madre habló, rogando: «Oh, Sārihontō, si te vas al extranjero, a un país lejano como esclavo sin salario, si pereces entre hombres desconocidos, ¿quién se ocupará de tu madre, quién cuidará de la desdichada dama todos los días?». Y el malhumorado Sāri contestó, cantando despreocupadamente y silbando además:

Que se muera de hambre en un almiar
 Que languidezca en el establo de vacas.

Y entonces su hermano y hermana unieron sus voces a la de la madre, diciendo:

¿Quién ayudará todos los días a tu hermano?
 ¿Quién cuidará de él en el futuro?

A lo que obtuvo por respuesta lo siguiente:

Que perezca en el bosque
 Que agonice en las riberas.

Y su hermana le reprochó, diciendo que tenía un corazón muy duro, y él contestó: «A mí, hermana traicionera, aunque seas hija de Keime, no me importas; pero lamentaré tener que partir de Wanōna».

Entonces les dejó y Ūlto, pensando en el tamaño del chico y en su creciente fuerza, recapacitó y decidió ponerle otras tareas, y se cuenta como Kullervo fue a echar la mayor red de arrastre que tenía y cuando agarró el remo preguntó en alto: «¿Y ahora qué debo hacer, emplear toda mi fuerza o trabajar solo con un esfuerzo normal?». Y el timonel dijo: «Rema con toda tu fuerza, porque no puedes partir esta nave en dos».

Entonces Sāri el hijo de Kampa remó con todas sus fuerzas y partió los escálamos de madera y cascó las cuadernas de enebro y astilló las tablas de álamo del barco.

Ūlto, al verlo, dijo: «No, no comprendes el arte de remar,

ve a sacar los peces del interior de la red de arrastre; tal vez se te dará mejor golpear el agua con un palo para triturar cereales que con espuma». Pero Sāri, al levantar el palo, preguntó en alto: «¿Debo emplear la fuerza de un hombre al dar el golpe, u ociosamente, trabajando con un esfuerzo normal?». Y el hombre de las redes dijo: «Golpea con fuerza; ¿lo llamarías trabajo si no emplearas toda su fuerza sino que trabajarías solo ociosamente?». Así que Sāri golpeó con todas sus fuerzas y batió el agua hasta hacerla sopa y golpeó la red hasta reventarla y machacó los peces hasta convertirlos en babaza. Y la ira de Ūlto no conocía límites y dijo: «Totalmente inútil es el bellaco; no importa el trabajo que le dé, lo arruina todo con su malicia; lo quiero como esclavo sin salario en la Gran Tierra. Allí lo tendrá Āsemo el herrero para que pueda emplear su fuerza en blandir el martillo».

Y Sāri, con corazón amargo, lloró de ira por tener que separarse de Wanōna y de Mauri, el perro negro. Entonces dijo su hermano: «No lloraré por ti si me entero de que has perecido en un país lejano. Encontraré otro hermano mejor que tú y con un aspecto más agradable». Porque Sāri no tenía una cara bonita sino que era moreno y poco agraciado, y su estatura no correspondía a su anchura. Y Sāri dijo:

No lloraré por ti si me entero
de que has perecido.
Me haré un hermano así –

con gran facilidad: le pondré una cabeza de piedra y una boca de salce, y sus ojos serán de arándanos rojos y su cabello

de rastrojo marchito; le haré piernas de ramitas de sauce y el cuerpo de árboles podridos fabricaré, y aun así será mejor y más hermano de lo que eres tú».

Y su hermana mayor le preguntó si estaba llorando por su comportamiento estúpido y él lo negó, porque tenía ganas de perderla de vista, y ella dijo que en cuanto a ella, no lamentaría su partida ni tampoco lo haría si oyera que había perecido en las marismas, desapareciendo de entre los humanos, porque de esa manera encontraría a otro hermano que fuera más habilidoso y más apuesto además. Y Sāri dijo: «No lloraré por ti si me entero de que has perecido. Puedo hacerme una hermana de barro y juncos con una cabeza de piedra y ojos de arándanos rojos y orejas de nenúfares y cuerpo de arce, y será mejor hermana de lo que eres tú».

Entonces su madre le habló con tono consolador:

Oh, mi dulzura, oh, mi querido:
Yo, la mujer hermosa que te trajo al mundo
Yo, la mujer dorada que te cuidó
Yo lloraría tu muerte
Si me entero de que has perecido
Y has desaparecido de entre los humanos.
Poco conoces los sentimientos de una madre
O el corazón de una madre, según parece,
Y si me quedan lágrimas
Tras haber llorado a tu padre
Lloraré nuestra separación
Lloraré tu muerte
Y mis lágrimas caerán en verano
Y seguirán cayendo calientes en invierno

Hasta derretir [las] nieves a mi alrededor
Y exponer el suelo, calentándolo,
Hasta que la hierba brote verde otra vez
Y mis lágrimas discurran por el verdor.
Oh, hijo hermoso, oh, criatura mía,
Kullervoinen Kullervoinen
Sārihonto hijo de Kampa.

Pero el corazón de Sāri estaba negro de amargura y dijo: «No llorarás, y si lo hicieses, llora si quieres, llora hasta que se te inunde la casa, llora hasta anegar los caminos y hacer del establo un cenagal, porque no me importará y estaré lejos de aquí». Y Ulto se llevó a Sāri hijo de Kampa al extranjero, atravesando la tierra de Tēlea donde moraba Āsemo el herrero, y Sāri no vio nada de Oanōra [Wanōna] al partir y eso le dolió; pero Mauri lo siguió lejos y sus ladridos por la noche alegraron un poco a Sāri y todavía conservaba su cuchillo Sikki.

Y el herrero, que tenía a Sāri por un bellaco inútil y, además, tosco, solo dio por él dos teteras gastadas y cinco viejos rastrillos y seis guadañas a Ūlto, quien con ese pago tuvo que regresar, nada contento.

Y ahora Sāri no solo conocía el amargo trago de la esclavitud, sino que también tuvo que comer el pan envenenado de la soledad y el aislamiento; y se volvió más feo y torcido, ancho y deforme, y nudoso y desinhibido y áspero, y a menudo viajaba por las tierras salvajes con Mauri; y llegó a conocer los feroces lobos y a conversar incluso con Uru el oso; estos compañeros tampoco ayudaron a mejorar su mente ni el temperamento de su corazón, y nunca olvidó, en lo más

profundo de su ser, lo que juró tiempo atrás, ni su ira hacia Ūlto, y no permitió que en su corazón se cultivasen sentimientos de ternura hacia su familia, que estaba lejos, salvo a veces hacia Wanōna.

Ahora Āsemo tenía por esposa a la hija [de] Koi, la Reina de las Marismas del norte, de donde él llevaba magia y muchas otras cosas oscuras a Puhōsa e incluso a Sutsi a través de los anchos ríos y de los estanques bordeados de juncos. Ella era hermosa, pero solo trataba con dulzura a Āsemo. El amor que mostraba al esclavo tosco era traicionero y duro y limitado, y poco amor o amabilidad pidió Sāri de ella.

Al principio Āsemo no puso a su nuevo esclavo a trabajar en nada, pues ya tenía suficientes hombres, y durante muchos meses Sāri erró por los parajes salvajes hasta que el herrero, incitado por su esposa, pidió a Sāri que se convirtiera en el sirviente de su esposa y que le obedeciera en todo. Y entonces la hija de Koi se alegró porque confiaba en poder usar la fuerza de Sāri para aliviar su trabajo en la casa y burlarse de él y castigarle por las ofensas y la rudeza que había mostrado hacia ella en tiempos pasados.

Sin embargo, tal y como había esperar, resultó ser un mal sirviente y una gran antipatía creció en el corazón de su esposa [la esposa de Āsemo] y toda la malicia que podía verter sobre él, la vertía siempre. Y llegó un día, veranos y más veranos desde que Sāri fuera vendido y apartado de su Querida Puhōsa y dejara los bosques azules y a Wanōna, cuando, con la intención de liberar la casa de su imponente presencia, la esposa de Āsemo caviló profundamente y decidió que Sāri debía dedicarse al pastoreo, y que lo enviaría lejos para cui-

dar de sus manadas salvajes en las amplias tierras que les rodeaban.

Después se puso a hornear, y con malicia preparó la comida que el apacentador debía llevarse. Trabajando sola y con severidad hizo una hogaza y un gran pastel. Preparó el pastel con avena por debajo y un poco de trigo por encima, pero en medio introdujo un enorme pedernal, diciendo, mientras trabajaba: «Que rompas los dientes de Sāri, oh, pedernal; revienta la lengua del hijo de Kampa, que siempre habla con voz ruda y no respeta a aquellos que están por encima de él». Porque se imaginó que Sāri se metería todo en la boca de un solo bocado, porque su manera de comer era ávida, no muy diferente de la de sus compañeros, los lobos.

Después untó el pastel con mantequilla y sobre la corteza puso tocino, y llamó a Sāri, diciéndole que fuera a cuidar de la manada ese día y que no volviera hasta la noche, y le dio el pastel como retribución, y dijo que no comiera nada hasta que la manada no estuviera en el bosque. Y con eso mandó irse a Sāri, diciendo tras él:

Que pastoree entre la maleza
Y lleve las vacas lecheras por la pradera:
Las de cuernos anchos a los álamos
Las de cuernos curvados a los abedules
Para que coman y engorden
Y su carne se vuelva dulce y tierna.
Allá en las amplias praderas
Allá en las lindes del bosque
Merodeando por los bosques de abedules
Y entre álamos de elevada estatura.

Mugiendo entre las arboledas plateadas
Errando por los bosques de abetos dorados.

Y cuando las grandes manadas de la esposa de Åsemo y su pastor ya estaban lejos, algo parecido a un presentimiento la poseyó y rezó a Ilu el Dios del Cielo, que es bueno y mora en Manatomi. Y expresó la oración en forma de una canción que era muy larga, y parte de ella rezaba así:

Protege mis vacas, oh, Ilu bondadoso
De los peligros del camino
Para que no les pase nada
Ni encuentren un destino adverso.
Si mi pastor es malo
Haz del sauce un apacentador
Deja que aliso vigile el ganado
Y el fresno de la montaña lo proteja
Deja que el cerezo lo guíe hacia casa
Cuando llegue la hora de ordeñar a la tarde
Y si el sauce no lo quiere pastorear
Ni el fresno de la montaña protegerlo
Y el aliso no lo quiere vigilar
Ni el cerezo llevarlo a casa
Entonces envíame a tus mejores sirvientes
Envíame a las hijas de Ilwinti
Para proteger mis vacas del peligro
Y cuidar de mi ganado cornudo
Porque muchas doncellas tienes
Bajo tus órdenes en Manoine
Y bien saben pastorear las vacas blancas
En las praderas azules de Ilwinti

Hasta que llega Ukko para ordeñarlas
Y dar de beber a la sedienta Kēme.
Venid, doncellas, grandes y ancianas
Poderosas hijas del Cielo
Venid, hijas de Malōlo
Cuando lo pida el poderoso Ilukko
Oh, [¿Uorlen?] el más sabio
Protege mi manada del mal
Donde los sauces no la quiera cuidar
Allá en medio de las marismas temblorosas
Donde la superficie siempre cambia
Y las avariciosas profundidades engullen.
Oh, Sampia, la más hermosa
Sopla el cuerno de miel con alegría.
Donde el aliso no quiera protegerlo
Pastorea todo mi ganado
Haz flores en las colinas:
Con la melodía del cuerno de hidromiel
Embellece estos páramos fronterizos
Y hechiza el bosque que los bordea
Para que mis vacas tengan comida y forraje,
Y abundante heno dorado
Y brotes de hierbas de plata.
Oh, pequeña damisela de Palikki
Y Telenda tu compañera
Donde el serbal no quiera protegerlo
Cavad pozos de plata para mi ganado
En ambos lados de su pastizal
Con vuestros errantes pies de magia
Haced que mane agua fresca de las fuentes grises
Y las corrientes fluyan veloces cerca

Y los ríos rápidos de aguas blancas
Entre los bancos resplandecientes de hierba
Ofrezcan un trago dulce como la miel
Para que las vacas pueda chupar el agua
Y los jugos chorreen potentes
Hasta sus ubres hinchadas y rebosantes
Y la leche fluya en riachuelos
Corriendo blanca y espumosa.
Pero Kaltüse, moza que preserva,
Que toda maldad previene,
Donde las cosas salvajes no las quieran proteger
Mantén el espíritu del mal alejado de ellas
Para que ninguna mano perezosa las ordeñe
Y la leche no se eche a perder en la tierra
Que ninguna gota corra hasta Pūlu
Y que Tanto no la pruebe
Y que Kame, cuando vaya a ordeñar,
Encuentre hinchadas las corrientes de leche
Y los cubos rebosantes
Y que el corazón de la buena esposa se alegre.
Oh, Terenye, doncella de Samyan,
Pequeña hija de los bosques
Vestida de prendas suaves y bellas
Con tus cabellos dorados tan hermosa
Y tus zapatos de cuero escarlata,
Cuando el cerezo no quiera llevarlas
Sé su apacentadora y su pastora.
Cuando el sol haya descendido para descansar
Y el pájaro del Atardecer cante
Y el crepúsculo se acerque
Háblales entonces a mis criaturas cornudas

Diciendo venid, ganado rumiante
Venid a casa, seguid el rumbo a casa.
A la casa alegre y agradable
Donde el suelo invita a descansar
Cuesta caminar por los páramos
Que se extienden hacia el litoral vacío
De los muchos lagos de Sutse.
Por eso venid, criaturas cornudas,
Y las mujeres avivarán el fuego
En los campos de hierbas dulces
En el suelo repleto de bayas.

[Separo las siguientes líneas de las anteriores para indicar un cambio de tono. En la edición de Kirby no destacan de esta manera, sino que se señala, en el Argumento que encabeza el Runo, que este contiene «las habituales oraciones y hechizos» (Kirby, vol. 2, p. 78). Magoun titula las líneas «Hechizos para traer el ganado a casa, Líneas 273-314» (Magoun, p. 232).]

Entonces, pequeña damisela de Palikki
Y Telenda su compañera
Coged una vara de abedul para azotarlas
Y de enebro para apartarlas
Del cercado del ganado de Samyan
Y de las tenebrosas cuestas pobladas de alisos
Por la tarde, a la hora de ordeñar.

[Al igual que arriba, se han resaltado estas líneas para indicar un cambio de tono y separarlas de las precedentes. En el Argumento de Kirby se hace constar que se trata un hechizo para «la protección contra osos en los pastizales»

(p. 78), mientras que Magoun las separa del resto con el encabezamiento de «Encantamientos admonitorios contra osos, Líneas 315-542» (p. 232).]

Oh, Uru, oh, querido,
Mi pata de miel que reina en el bosque
Hagamos una tregua entre los dos
En los buenos días del verano
En el verano del buen Creador
En los días de la risa de Ilu
Para que duermas en la pradera
Con tus orejas metidas entre el rastrojo
O te escondas entre la maleza
Para que no oigas los cencerros
Ni la voz del pastor.
No dejes que el tintineo y los mugidos
O los cencerros en el brezal
Te hagan montar en cólera
Que el deseo no domine tus colmillos.
Antes, camina por las marismas
Y por la espesura del bosque.
Deja que tu gruñido se pierda por tierras salvajes
Y que tu hambre espere la estación
Cuando en Samyan la miel
Se fermenta en las laderas
De la tierra dorada de Kēme
Bajo las abejas que pasan zumbando.
Hagamos eterno este acuerdo
Que haya paz interminable entre nosotros
Para que vivamos tranquilos en verano,
En el buen verano del Creador.

[Tal y como ocurre con las otras separaciones, esta nueva sangría indica un cambio de tono; en este caso, la conclusión o peroración de las oraciones de la dama. Ni Kirby ni Magoun separan estas líneas de esta manera.]

Todas estas oraciones y cánticos
 Oh, Ukko, monarca de plata,
 Escucha mi dulce súplica.
 Ata con correas los perros de Kūru
 Y encadena las cosas salvajes del bosque
 Y pon en Ilwe la estrella del Sol
 Y deja que todos los días sean dorados.

La esposa de Āsemo era una gran cantora de oraciones, y también una mujer muy avariciosa, demasiado pendiente de sus bienes, y esto se entiende [por] la extensión de las oraciones a Ilukko y a sus doncellas por sus vacas, que eran muy hermosas y lustrosas.

Pero ahora Sāri había recorrido cierta distancia, y metió su comida en el macuto mientras llevaba las vacas sobre las praderas y los cenagales y más allá sobre el brezal hasta la espesa linde de los bosques, y mientras caminaba se lamentaba y murmuraba para sí: «Pobre de mí, joven desdichado; un destino oscuro, adverso y duro me ha tocado; dondequiera que dirija mis pasos no hay nada para mí salvo desidia y eterna contemplación de las colas de los bueyes que no paran de pisar las marismas y las tristes llanuras». Después, llegando a una ladera bajo el sol, se sentó, descansó y sacó su comida, y se maravilló del peso que tenía y dijo: «Esposa de Āsemo, no sueles dejarme tanta comida».